

La calle para el miércoles 6 de julio de 2011

Diario de un espectador

Elogio de la cursilería

Miguel ángel granados chapa

Cuando era muchacho, asistente a uno de los célebres talleres de literatura de Juan José Arreola, Ignacio Solares le confesó (así, como quien revela una culpa) que desde siendo niño le gustaba la poesía de Amado Nervo, y perseveraba en ello pese a saber por sus estudios universitarios que la crítica contemporánea juzgaba cursi al poeta nayarita.

Arreola no lo increpó a causa de su mal gusto. Al contrario, reconoció que él mismo recordaba con placer algunos poemas de Nervo. Esbozó, de paso, una clasificación de la cursilería que es importante conocer, sobre todo porque nos servirá en defensa propia a quienes nos aceptamos como aficionados o amantes de lo cursi. Solares lo dice en el ensayo —titulado con una frase inmortal de la poesía nerviana: “Vida, nada me debes”) con que se abre su más reciente libro: *Presencia de lo invisible*:

“Sí, Amado Nervo es cursi. Y quien lo lee con devoción a cierta edad --cuando la poesía es gnosis, revelación, desdén de una realidad limitante— se vuelve cursi de por vida, por más que luego lo enmascare con las lecturas y preferencias por otros poetas, gestos adustos y tajante rechazo a lo emocionalmente desbordado”.

Solares estudió formalmente literatura en la Universidad nacional y se incorporó a un taller de creación literaria con Juan José Arreola, héroe de ajedrecistas y escritores. Y “al final de una de las clases le confesé en voz baja:

--Uno de mis poetas predilectos es Amado Nervo, por más que lo tachan de cursi.

Para mi sorpresa, me dijo que a él también le gustaba mucho y que sabía de memoria buena parte de sus poemas. Y me empezó a recitar algunos con una cadencia que yo no les había imaginado.

Dijo:

--Lo cursi bueno es frente a lo cursi malo, lo que lo sensitivo es a lo sensiblero. Lo sensitivo no se aprovecha de la ternura y la compasión, no abusa de ellas, sino que las hace funcionar en ondas puras, sin dejar que caiga el alma en excesos deleznable. Desde lo cursi bueno se puede aspirar a la más alta belleza .

Mi comentario sirvió para quien Arreola lo tratara en clase, mencionara mi afición por Nervo y nos dejara leer *Plenitud y Perlas negras*.

Pero, además, a Nervo lo salva de la cursilería un cierto escepticismo: ‘Siempre he desconfiado de la esperanza, porque sé por experiencia que es una bella mentirosa, una querida infiel, a la que debemos dar un beso, recibiendo otro de sus labios, y dejarla pasar’. Por el

contrario, la mala cursilería no aceptaría dudas sobre la esperanza y todos sus sucedáneos. Por eso el fracaso es un estigma de lo cursi malo. Lo cursi malo es siempre una pequeña, patética derrota. Y una derrota, además, que pasa inadvertida para el propio derrotado. La mala cursilería nunca sabe que lo es, desconoce cualquier forma de la autocrítica. Cree que en realidad posee las virtudes que quiere ostentar. Las mira una y otra vez y juzga que, sin duda, son buenas. No se percata de su radical falsificación. Las pone por delante para granjearse la admiración del prójimo y jamás se da cuenta de que éste apenas puede contener la risa.

¿Cayó Nervo en la cursilería mala? Es posible, sobre todo en sus escritos juveniles. También en algunas de sus páginas autobiográficas, tituladas *Mañana del poeta*. El joven provinciano —y por añadidura ex seminarista—, apenas roto el cascarón, se pone a urdir enamoramientos inexistentes y a escribir sobre ellos como si existieran”